

cerdotio, Episcopatu, et in Episcopatu, Pontificatu et Regno dignus fuit.

Quae fuerint in Pium IX Dei facta, fortasse requiretis? Ineffabili gaudio saturatur, dum per longa saecula exoptatas definitiones profert, Deiparam Immaculatam, Romanumque Pontificem Infallibilem denuntians; dum in Anglia hierarchiam restituit; dum quindecim fere christianorum millia, quorum cum Romana Ecclesia et universo mundo communicatio erat interrempta ducentis annis et amplius, secum et fratribus communicare videt; dum sed quid magna cum sint notissima commemorare?

Quod pro omnibus unum sufficiat maximum et enarrandum, toto pectore consideremus: illaesus hostibus semper extulisse. Etenim, inimicorum laqueis ab initio insequutus, minarum simul atque blanditium flocci fecit, dumque potuit Romae commoratus est. Posteaquam vero turbulentorum amentia, Romam deserere fuit coactus, tristis non tamen diffidens, Caietae via Pius IX gressus movet: Sacratissimum Domini corpus secum, in laboribus solatium, in morte viaticum, ducebat.—Justitia et Religio, exules post libertatem peragrabant.—Itaque ne collideretur, Deus manum supposuit. Fugitivus qui exierat, victor, omnium acclamatione, efficitur. Post reditum, suis defensoribus benedicens, Deoque Omnipotenti gratias agens, tantam victoriam immo corde servavit.

Nunc autem funus habemus quem immortalem desiderabamus. Nusquam eundem regia auctoritate videbimus sancire: nusquam pontificalibus indutus vestibus, manum attolere ad benedictionem impartendam: discessit enim Pius IX, vir clarissimus á *Deo dilectus*.

II

Haud ita pridem cum jaetaret Bismark, in Supremo Senatu superbe dicere ausus est: *Nemini ut ipsi gentes detestari*; Pius autem IX dicere potuit, etsi nunquam dixit: *Neminem ut ipsum ab hominibus diligi*. Quam diversa fortuna hos longe viros separavit!

Vix quidem ad Apostolicam Sedem elevatus, qui Episcopus, Sacerdos, Privatus, quamplurima amoris testimonia acceperat, ipsum, in hac aetate, antiquissimum populum, progeniem Romuli, libertatis et juris ducem vidit proclamare. En italis flammis jaculatus. Magnanimum Pontificem luminibus et canticis salutat. Quicumque non mortuum pectus digni estis habendi, jamjam ignea percipite verba:

Dio possenti il tuo popol ditendi
Tu di Pio lo ricuopri col manto:
Tu di sancto valore l' accendi,
Tu ride sti la patria virtù.

Minimum etsi nostrae admirationis officium, Magnanime Pii, non acceptare recuses.

Quid mirum si gentes renotissimae, etiam religione dissidentes, ad ipsum miserint legatos? si homines universi de Pio IX solliciti fuerint? Populorum affectus optimis viris omni lege debetur.

Heroice vero, dum adversus invasorem ignobilem Pontificis milites decertarent, virtus, an tanti viri amor in ipsis excelleret incertum est. Unus decem adversus decertabat; unus vero de conscientia et amore, decem non tacto pectore bellare gerebant. Ideoque illos, dum caderent, videbitis, sive Pium IX pari affectu cum matre nominare, sive vulnere et cruore voce exuti, *Quantum possideo, Pio IX*, postremum scribere. Quid plura? Lacrimantes, dum Pontificis mandatu, non hostium vi a bello recederent, Pio IX lacrimanti, armorum extremo fragore salutantur. Fortunati, quibus Romae sub moenia contigit oppetere! Fortunati, qui usque ad extremum decertarunt!

Oh Roma, digna Pontificum sedes, non, Pio IX captivo, veram videbis libertatem, divitias et gloriam!

Ubi vero gentes universae Pium IX exutum libertate cognoverunt, eidem amoris testimonia, eidem favorable iudicium, eidem non deficientia munera misere. Utinam libertatem contulissent!—Veniam date, christiani auditores,

ELIGIO FUNERRE DE PIO IX.

El día 10 de Julio del presente año en las solennidades que por el gran Pontífice celebró el Seminario Conciliar de la misma ciudad.

Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?

¡Cómo ha muerto este hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel!

(MACHAB. LIB. I, CAP. IX, V. 21.)

I
Así pasa fugitiva, señores, la gloria de este mundo! Qué profunda filosofía encierra la liturgia católica! *Pater Sancte, sic transit gloria mundi*, es la frase tremenda pero verdadera que hace treinta y dos años dirigió la Iglesia á Pio IX en el esplendente día de su coronación, mostrándole una pasajera llama de estopa que en el acto fué devorada por el fuego! . . . Y así es, en efecto, señores. ¡Flor bellísima que alegra un momento y llena de fragancia la pradera, y á poco es deshojada por el huracán ó se marchita y muere! . . . ¡fúlgida nube que surca los espacios y pronto se desvanece y en el éter se pierde! . . . ¡llama de estopa, en fin, que arde un instante para extinguirse luego! . . . ¡esta es la gloria del hombre sobre la tierra! . . . *Sic transit gloria mundi!* . . . Así pasó la más pura, la más sublime, la más santa de las glorias del siglo XIX! . . . ¡Pio IX, el grande, el inmortal Pio IX, desapareció de la tierra de los vivientes! . . . La flama hermosa de su vida se apagó, al soplo helado de la muerte; y hoy solo nos queda, allá, en la callada tumba, en la *ciudad eterna*, yerto cadáver, restos inertes, *un no sé qué*, dice Bossuet, que no tiene nombre en ningún idioma! . . . y acá, en nuestras almas, únicamente el recuerdo

de su inmensa personalidad histórica!.... *Sic transit gloria mundi!*.... Con razon el latir de nuestro corazon es lento y penoso! Con razon nuestros ojos vierten amargo llanto!.... Justo es que le demos libre curso.....!

—En la Escritura, señores, en ese libro de todas las edades, se encuentra una figura, una especie de vaticinio de nuestro duelo de hoy! Recordais aquel héroe de la antigüedad, cuyas típicas proezas militares pusieron tan alto el nombre de Israel, hasta en Roma, la señora del mundo, é hicieron retemblar con la fama del poder de Jehová las fronteras del orbe? Aquel batallador de Judá y alegría de Jacob, que daba á los reyes ligados en su contra mortales congojas; que pisoteaba el orgullo de Antioco y de Eupator, de Apolonio y de Gorgias, de Nicanor y de Lysias, de Timoteo y de Bacchides, y volvía cargado con los trofeos de Chebron y de Azoto, despues de haber quemado en sus propios altares á los dioses paganos; que barria á cada paso las huestes de Siria, y rodeaba á Israel como de un muro de bronce contra él que se quebrantaba todo el poderío del Asia; que despues de todo esto reparaba cada año con sus manos triunfantes las ruinas del Santuario, y no queria mas recompensa de su Patria que el honor de haberla servido; Judas Macabeo, en suma, señores, ¡qué grande y qué noble figura! ¿no es verdad? ¿Y no os parece estar viendo en ese guerrero prodigioso el simbolo histórico, la sombra profética, del batallador del Evangelio, del caudillo de la humanidad en la plenitud del siglo XIX, del grande y egregio Pio IX? Ah! señores, subamos á una altura de la Filosofía de la Historia, desde la que aparezcan en conjunto, allá abajo, en el valle profundo de las edades, el simbolo y la realidad, la profecía y el Evangelio, Israel y la Humanidad, Palestina y el orbe; y desde esa atalaya encontraremos luego en Pio IX al Judas Macabeo del siglo presente en los combates de la idea, en las luchas del Cristianismo! El parecido es tan

completo que basta dilatar un poco la vista, pasando de un órden á otro, para percibirlo.

Sí, Pio IX es el hombre cuya voz resuena en el fondo tenebroso de la conciencia de los tiranos, perseguidores de la Iglesia, y la inquieta y espanta como un tenaz é implacable remordimiento! Pio IX es el muro de bronce que rodea á la Iglesia, la roca durísima contra la que se estrellan las ondas bravías del Averno! Pio IX es el adalid que abroquelado con la independencia espiritual, salva á la civilizacion de las embestidas de la barbarie culta, defendiendo hasta la muerte el Patrimonio de la Iglesia, salvaguardia del ejercicio del Papado! Pio IX reconstruye anualmente los muros de la Iglesia, sustituyendo con usura á los apóstatas con pueblos de neófitos, que sus legiones de propaganda conquistan, y con la conversion y organizacion de los disidentes ilustres! Pio IX es el héroe que no ambiciona mas galardón de sus obras que la gloria de Dios, que la gloria de la Iglesia, á la que ama como el Esposo á la Esposa del Cántico de los Cánticos, á la que consagra toda su existencia, y por la que ofrece al Eterno en su postrimer suspiro su vida mártir é inmaculada! Pio IX es, en fin, el Macabeo de la Edad Moderna en las luchas del pensamiento, en las batallas del Catolicismo!.

—Mas ¡ay! ¡qué triste quebranto despedaza el alma al establecer esa comparacion!... ¡Hoy como hace miles de años, los gemidos y los ecos del dolor todo lo llenan!... Cuando el valiente hijo de Matatías recibió el golpe mortal en su último combate, quedando como sepultado en su triunfo, Israel quedó aterido, sin poder articular palabra, hasta que al fin al ímpetu mismo del sufrimiento prorumpió en esta pregunta lastimera: *Quomodo cecidit potens qui saluum faciebat populum Israel?*.... A este dolorido grito llanto y plañidos invaden las calles de Jerusalem, las bóvedas del Santuario retiemblan con las lamentaciones, el Jordán se queja, los valles y las colinas se turban, y los ecos repiten lamen-

tosos por todas partes: *Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?* ¿Y no es de esta manera el grito de duelo que se oye por el mundo al fallecimiento de Pio IX? Ah! señores, cuando todos esperábamos felicitar dentro de poco al héroe de Dios, al Pontífice que pasara de los años de Pedro, al anciano que parecía alimentar su cuerpo con el fruto del árbol del paraíso; cuando esperábamos, digo, felicitarlo por el triunfo mas esplendente del Pontificado, y verlo presidir con la palma de la oliva en la mano la marcha tranquila de la humanidad, en medio de la paz de la Iglesia, la electricidad ¡ay! mensajera alada vuela de Roma y llega á todas partes diciendo con voz trémula y como entrecortada por el espanto: ¡PIO IX. . . . HA MUERTO. . . .!

. . . . El estupor se apodera de las almas; el quebranto embarga la voz de los fieles; y finalmente, comienzan á preguntarse atónitos: *Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?* ¿Cómo ha muerto Pio IX, el fuerte, el invencible, el salvador de la Iglesia y de la sociedad?

. . . . A esta pregunta tristísima la Iglesia aparece cubierta luego con sus vestiduras de luto, llorando inconsolable la muerte de su Esposo, cual Reina viuda solitaria, como la Jerusalén del profeta! El mundo todo prorumpe en llanto! La humanidad exhala íntimos quejidos, como si sintiera arrancársele el alma! Católicos, cismáticos, protestantes, musulmanes, infieles; reyes, gobiernos y pueblos; el Estado y la ciencia; amigos y enemigos; el Czar, el gran Turco, el presidente Hayes, Humberto mismo, verdugo del Pontificado; todos, todos ensalzan á porfía las virtudes del Pontífice difunto; todo entra al inmenso duelo por Pio IX; todo se enluta á la desaparición de esa gloria y alegría del género humano!

—Ved, señores, aun pervertida la humanidad, no es tan depravada como algunos quisieran! ¡Siempre, al fin, la virtud la cautiva, la enajena con su hermosura, y la hace caer de hinojos á sus plantas y rendirle esplendentes homenajes!

—Pio IX, pues, ha sido el Pontífice mas llorado de todos

los Pontífices, el hombre mas sentido de todos los hombres. Tú, juventud seminarista, presidida por tus superiores vienes hoy á elevar tus preces al Eterno por el alma de tu Jefe Supremo, y á regar entre gemidos con las flores funerarias de tu alma dolorida la tumba de tu Padre, y quieres que yo pinte la pesadumbre de tu corazón, que traduzca al lenguaje de las palabras los sentimientos de tu duelo! ¿Qué puedo hacer sino repetirte el lamento universal: *Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?* ¿Cómo ha muerto Pio IX, el fuerte, el invencible, el que salvaba á la Religión, á la sociedad, á la ciencia, á la libertad, á la justicia, á la civilización, á la humanidad?

Yo quisiera, católicos, desarrollar á vuestra vista el cuadro de las glorias de Pio IX indicadas en esa sola pregunta. Pero en la brevedad de un discurso y ante la magnitud de un asunto que arredra, que abate con su inmensidad á las inteligencias mas gigantescas, ¿qué podré hacer sino dejar amontonadas esas glorias en su mayoría y tocar algunas apenas ligeramente? Mas ya que tengo hoy la misión de dirigir la palabra á un Seminario, obrero del porvenir, que labra en sus moldes santos al ministro del altar y al padre de la Patria, al hombre de Dios y al hombre del pueblo, me concretaré á bosquejar algunos rasgos de Pio IX como Pontífice y como Rey, como gobernante espiritual y como gobernante civil, deseando que esos rasgos queden esculpidos profundamente en nuestras almas con el buril del amor y al golpe suave y fuerte á la vez de la gracia celestial, para que todos aquellos que deban ocupar las eminencias de la sociedad religiosa ó de la sociedad civil, de la Iglesia ó del Estado, ensanchen su ideal y en la parte que les tocara copien en su conducta un ejemplar bellissimo. *Pio IX, señores, es el Macabeo del Catolicismo, que en el siglo presente salva á la humanidad, luchando hasta el último aliento por la Iglesia y por la civilización.* Este es el pensamiento que procuraré desarrollar en estos momentos. (1) Prestadme, os ruego, vuestra atención.

(1) El Sr. López, al recitar su pieza oratoria, por no alargarse más, y

veniam da, Magnanime Pii, olim enim pro tua libertate sacerdoti oraturo, dixisti: *Anne quod oporteat jam scimus? Fiat voluntas Dei.*

Unum, et de hominum amore erga Pium IX taceam. Clarissimus ergo Galliae Episcopus aegrotus jacuit eo tempore quo Vaticanum celebrabatur Concilium, et Pius IX voluit tanto viro solatium afferre. *Ah! nimium felix*, clamavit aegrotus, lecto insedens: *Manè Dominum in Viatico: vespere Parentem in conspectu recepi.*

Non semel Dei et hominum amores conjunguntur. Nunc, quem Deus amavit, homines etiam dilexerunt. Equidem libertatis, animi virtutis, et justitiae amatores, libertatis custodem, virtutis fundamentum, justitiae omnimodam sanctitatem in Pio IX invenerunt. *Dilectus hominibus.*

Nec nostrae voluntatis ardoribus Pius IX impassibilis fuit, ipse enim ardebat nos tota sui pectoris amplitudine et virtute. Alter Joannes, litteris suis amoris signum imposuit; alter Paulus, dicere potuit et non semel: *Quis infirmatur et ego non uror?* Velut dives, munere egenis, pauper impartiebat; velut rex, regia dona amicis publicisque institutis, vinctus dabat. Ecclesiae, nosocomia, scholae, reges, servi, senes, pueri, ipsius amoris signacula ferunt. Quapropter, omnium hominum amorem arripuit. *Dilectus hominibus.*

Attamen, quem toto pectore amabamus, immo a quo diligebamur, jam discessit. Ipsius verba, et amplexus recipere, amplius, amplius non licebit: superest tantum ejus in benedictione gratissima memoria.

III

Simul ergo ac remotissimae generationes tanti viri clarissima facta, virtutesque nomenque legerint stupefactae; ut Sol in firmamento, ipsius nomen in benedictione splendescet.

Dictum aliquando fuit praeclearissimos homines, aetati suae esse mancipatos: pessime, neque temporum, neque locorum efficacia constringuntur. Vel sit, modo non de vera, sed de inani claritudine sententia feratur.

Futurarum autem aetatum recondita saepe perscrutando, videri mihi videor, Pium IX ita Magnum ut Gregorium et

Leonem. *Nusquam*, inquit sapientissimus hodiernus scriptor, *ullus plus Pontifex quam Pius IX inventus est; nusquam Rex, in hac aetate, adeo Rex.*

Itaque dum sedeant in Vaticano Petri Successores, dum regali auctoritate muniti necessariam conservent libertatem, firma erit gratissimaque memoria magnanimitatis Pii, qui pro illa defendenda, passus fuit, et vinculis vitam exhalavit. Cum Guilielmi, Bismark, Victoris Emmanuel, Napoleon III, memoria interierit, vivida et gloriosa Pii IX memoria consurget. Longævi, qui unus post alium, quamplurimos vidit inimicos discedere, benedicta memoria, ipsorum videbit obscurare. Vix de illis interrogati, respondent futuri; de Pio IX..... consulant historiae.

Quoadusque de infallibili Pontificum magisterio gaudeat catholica Ecclesia; quoadusque tanto beneficio, glorificationis acroama in exultatione emittat, gratissima erit Pii IX memoria, cujus opera, de illo iudicium prolatum fuit.

Immo vero, terque quaterque grata ipsius erit clarissima memoria, quandoquidem B. V. Mariam a labe immunem suo irrefragabili iudicio pronuntiavit. Pulcherrima, benignissimaque gloriae Domina Maria, tantum virum per omnia saecula magnificabit.—Hoc ergo titulo, etiam cæteris demptis, *ipsius memoria in benedictione est.*

Equidem vidistis quantum a Pio IX gentes spectarent universae; ita ut nihil amplius spectandum videretur, plus fecit, quam illae potuerint spectare. Plane dicam, christiani auditores, quidquid vidistis, quidquid exaudistis, quidquid de Pio IX cogitastis, non ipsius gloriam; excelsum quod nondum menti commendastis, quodque futuris reservatur illam efformavit. Haec maximorum hominum conditio est, ultra spectatum, semper et amplius progredire.

Denique, Deus qui tantum virum dum viveret, clarificavit, ejus memoriam in sempiternum benedicet. Nec enim, ad epitaphium scribendum homo sufficeret, non praedictus.

Pius IX a Deo verbis operibusque dilectus: Pius IX virtute magnus, plus quam fama: Pius IX ab hominibus usque

dilectus: Pius IX libertatis dux et parens, gloria æternus, diebus nostris excessit e vita.

Itaque, ad ejus tumulum gradientes, magnos etiam procumbere discite, discite gentes; ibi de aeternitate cogitantes superba contemnite mundi. Nihil in Pio IX magnum nisi virtus Dei: quæ mundi fuere, cum ipso simul interierunt. Aliquando nec Ægypti Pyramidum vestigia supererunt: *pertransit figura hujus mundi.*

Mementote, christiani auditores, tantum virum non semel pro vobis, cælum usque spiritum levasse, et immo pectore fundite preces. Deo enim accessit, et accedentibus ad Deum nec minimam habere maculam oportet. Fortasse, quem dolemus Pius IX vestris orationibus indigeat.

Væ nobis miseris quibus tanti viri placidam facem contemplare, amplexusque recipere non fuit concessum. Ultra in terris non superest spes! Magna voce supremum clamemus: Dormite, corpus exuviaque..... Pravorum terror, hæresium fulmen, Ecclesiæ ornamentum, amabilissime Pater..... Faxit Deus ut in pace requiescas!

ELOGIO FUNEBRE DE PIO IX,

que en la Iglesia de la Soledad de Guadalajara predicó el Sr. Presb. D. Ramon López, en la mañana del 10 de Julio del presente año, en las solemnes exequias que por el gran Pontífice celebró el Seminario Conciliar de la misma ciudad.